

Cuentos del paraíso de las islas

12-06

Arcadio y los pastores (Novela africana y pastoril)

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: E-libro: El paraíso de las islas

Fecha de Publicación: 19/11/2023

Número de páginas: 16

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

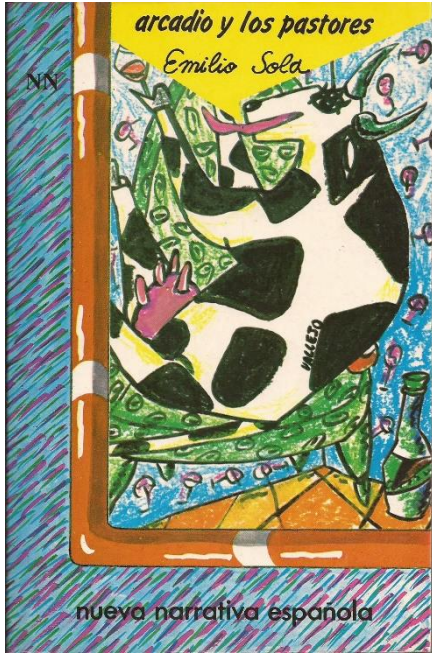
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.eu
info@cedcs.org

Cuentos del paraíso de las islas

12

06 Arcadio y los pastores



“Arcadio y los pastores (Novela africana y pastoril)” fue publicado en 1986 por Ediciones Libertarias, una editorial fundada por Antonio Huerga y Charo Fierro, que luego vendieron su fondo a Produfi, con lo que pasó a denominarse Libertarias-Produfi. Su tiempo literario es en torno al año 68 después de la Gran Guerra (GG) y muerte de Juan Bravo (JB), unos 16 años después de la muerte de don Borondón el Antiguo, en la cronología utilizada en el llamado “Paraíso de las islas”, en el que viven los redactores o amanuenses, y nosotros mismos también sin duda. El texto procede, como siempre estos relatos, de la Biblioteca de don Borondón o del Naranjal, y uno de sus personajes es precisamente Fito Naser, quien está ahora al frente de esa casa y biblioteca habitada que fue la casa de don Borondón o del Naranjal, junto con el protagonista principal del relato, incluido en su título, Arcadio, Arcadio el hijo de Ulrica.

En el Archivo de la frontera hay una primera edición digital de 2015, que puede consultarse aquí:

<http://www.archivodelafrontera.com/e-libros/arcadio-y-los-pastores-novela-africana-y-pastoril/>

La presente edición se hará en 21 fragmentos, tal vez 22 en total, para hacerlos breves en esta segunda edición digital, ocho años después de la primera, para que resulten más legibles:

12-00, 12-01, 12-02, 12-03, 12-04, 12-05, 12-06, 12-07, 12-08, 12-09, 12-10, 12-11, 12-12, 12-13, 12-14, 12-15, 12-16, 12-17, 12-18, 12-19, 12-20, 12-21

He aquí el índice del relato, según la edición en papel de 1986:

INDICE

PRIMERA PARTE

1. Simón el Mago y la Casa despertador de pájaros.	9
2. Conversaciones de Simón el Mago y Sidi Abdelhakim Bushacor sobre el padre del cuchillo	13
3. Las leyendas de Hamam Masjutín, el baño de los maldecidos, y la fiesta de la flor y de la pintura de Suk Ahrás.	22
4. El grupo del valle del Mago	32
5. La compañía de Leila Naser en Guelma y los amores de Leila V y Estambuli Entrambosaires	40
6. Leila Naser madre, IV para entendernos, Leila hija y Estambuli charlan sobre el pasado.	50
7. Filis, Yemi y el grupo del valle del Mago	61

SEGUNDA PARTE

Introducción del amanuense con homenaje a un viejo amanuense, ex-agobiado, desaparecido

1. La vida en el valle del Mago, con el cambio de amanuense en el relato y la historia de Claudia Auani y Flora Abenza	75
2. Don Fion y Claudia Auani en el calvero del perro y de la cabritilla	87
3. La compañía de Leila Naser en el valle del Mago	97
4. Los rebaños de la transhumancia en el valle del Mago, con la historia de Catalina Ivanova, la niña meada por los perros	106
5. La breve experiencia de transhumancia de Leila Naser V, con una interpolación amplia del amanuense segundo de este relato	114
6. Los amores de Alí Hamuín y Claudia Auani, con la preñez de ésta y su abandono del valle del Mago	124
7. El dramático llamamiento del demógrafo Paulov	134

TERCERA PARTE

Introducción del segundo amanuense, con nuevo homenaje al amanuense ex-agobiado

1. Historia de Yosín y respuesta de la gente al llamado de Cristino Paulov.	145
2. Los niños de mayo. La Coronela en el valle del Mago y primera infancia de Arcadia Copruku	150
3. Disgresiones del amanuense sobre la dinastía de las Leilas Naser	166
4. Sobre Olga Marruz y sobre el tercer año de la experiencia simoniana, con los preparativos primeros para la Universidad ganadera de Hamam Masjutín.	177
5. Muerte de Sidi Abdelhakim Bushacor y abandono de Arcadio del valle del Mago. Algunas consideraciones sobre la toma de Casentina	187
6. El viaje de Arcadio por el paraíso de las islas, mensajero o embajador de la "Arcadia feliz", y susto a su regreso a Guelma	199
7. Arcadio en la toma de Casentina, con la fiesta de la matanza del cerdo y del cordero, accidente de Arcadio y preparativo final del viaje con Fito Naser fuera de la Arcadia. . . .	210
Dedicatoria y Final	223

Y Estambuli pareció alegrarse con la idea de la muchacha. Evocó para ellos las tertulias de la noche, la bóveda estrellada, los atardeceres y amaneceres, los juegos de las manadas cerca del abrevadero...

—Para la próxima primavera, eso es —confirmó Leila—. Los quince días antes de la gira de primavera, cuando tienes la cabeza loca tras los tantos ensayos y ese picorcillo previo a la gran prueba del estreno, eso es.

En torno a una hora habían permanecido en el hamam y al volver a la casa se les unió Olga Marruz. Su rostro había perdido la palidez y lo demacrado de la mañana y había recuperado el aire saludable normal de su aplomada y exhuberante constitución.

—Me he hecho tres largos de piscina. Estoy en plena forma.

En la casa Leila Naser IV y Felice Otromundo les dijeron que nadie había tenido tiempo ni ganas para preparar algo de comer, que la gente se había ido al autoservicio de la plaza de los leones, antigua de los mártires, y hacia allá se fueron todos. Cuando estaban terminando de comer se acercó Arcadio para decirle a Estambuli que los esperaban en las dos primeras granjas que debían visitar; había recogido de la casa de la computadora toda la documentación que precisaban, los estadillos y formularios a rellenar, toda la información precisa en fin. Estambuli, antes de salir con su compañero, se acercó a Leila para despedirse.

—Me he sentido muy bien a tu lado —le susurró casi al oído, muy serio él, ella sonriente—. Si no te molesta, pasaré a última hora de la tarde por el teatro para verte y estar con vosotros en la cena.

—Como quieras —y Leila le dio un beso en la mejilla—. Hasta luego, pues.

6.—A Leila Naser la fijación con su persona recién nacida en Estambuli, de entrada, le hizo más gracia que otra cosa. Verle rondando con frecuencia por el lugar en donde ella se hallara llegó a convertirse en algo familiar —en el sentido

que había conservado esta palabra después de haber perdido tantos antiguos contenidos y matices—, su no presencia se le hacía más patente aún que su presencia, le extrañaba más. “Me gusta verte”, o “me gusta mirarte”, eran las únicas explicaciones que le daba, serio él, Estambuli, y ésto en el fondo halagaba su vanidad o exhibicionismo de chica de espectáculo. Las dos semanas largas que Estambuli permaneció en Guelma, antes de reincorporarse al grupo del valle del Mago —en limpio las notas, las consultas que quería hacer sobre la ganadería autóctona guelmesa y su estado actual y otros extremos—, transcurrieron así con Arcadio de establo en establo o de rebaño en rebaño por la zona, en sus ratos libres en torno a la compañía de Leila Naser —llegó a hacer de comparsa incluso en unas sesiones experimentales de teatro-fiesta—. Sólo se sentía algo cohibida la chica Leila cuando coincidían Fito y Estambuli; las bromas y trato espontáneo entre Fito y ella, que por haber transcurrido mucho tiempo desde la infancia juntos era todo un código difícil de cambiar, notaba vagamente que contrariaban al muchacho Entrambosaires y a ella misma la contrariaba que sucediera así; comenzó a mostrarse en tales ocasiones menos natural con Fito, pero eso empeoraba las cosas porque las bromas de éste se hacían más directas y punzantes. “Anda, chica, que vas a ponerte a hacer teatro conmigo ahora, que te conozco como si te hubiera criado”. Y ella tenía que soltarle el “no me molestes más, impertinente mentecato” prematuramente, y lo hacía pensando en el tan presente Estambuli.

Siempre que podía Estambuli pasaba la noche en la casa del pueblo que ocupara el grupo de Leila, y allí sabía Arcadio que debía de ir a buscarle si no había aparecido por la casa de sidi Abdelhakim Bushakor, que era donde se alojaban. Una noche, tras los ensayos y media fiesta cotidiana en el teatro, Leila y Estambuli consiguieron estar a solas largo tiempo y así se pasaron gran parte de la noche antes de irse a dormir. Fito estaba con una colega recién llegada, antigua compañera de la casa de los niños de la ca-

sa del naranjal, y contra su costumbre no había aparecido para dormir aquella noche cerca de Leila.

—Fito y yo estamos desde niños juntos y siempre que coincidimos nos gusta dormir cerca, ¿sabes? —le comentó aquel día la chica a Estambuli—. Nos damos vibraciones relajantes en el sueño. Cuando era pequeño solía dormirse con el dedo pulgar en la boca, como un chupete, y yo le obligaba a sacárselo cada vez que me despertaba, y aunque tuviera que despertarle a él en la operación; me aterraba, y sé que era una ocurrencia infantil tonta, que pudiera ahogarse un día por problemas de respiración.

Estambuli la escuchaba silencioso y serio, aunque en sus ojos brillantes se le notaba que estaba muy agusto. El también había vivido una experiencia similar infantil con su hermana gemela Alta Gracia; habían crecido juntos y, a pesar de ser muy dispares en aficiones y temperamento, cada vez que coincidían gustaban de estar cerca el uno del otro.

—Sin embargo, siempre fuimos muy indiferentes en todo lo tocante a sexo, no recuerdo que nunca nos hayamos sentido atraídos ni una caricia que pudiera indicarlo —proseguía Leila—. Y es algo raro, porque la mayoría de los niños y niñas empezaba muy pronto a funcionar como verdaderas parejas desde muy pequeños. Recuerdo el día en que mi madre y la madre de Fito nos hablaron de Leila Naser la vieja, que todavía anda por ahí armando jaleo, de cómo había abandonado de niña Alejandría y cómo había llegado a la casa del naranjal e iniciado la dinastía de Leilas Naser de la que Fito y yo eramos últimos vástagos. Pues bien, para la madre de Fito, mi abuela, era importante que yo preñara y tuviera un bebé, para mi madre no estaba clara la cosa y me decía que hiciera lo que me apeteciera, y para Fito y para mí la cosa estaba clarísima: aquella era una historia que debía terminar; era bonita historia, pero estaba creando algo que podía convertirse en un uso si seguía repitiéndose, en una obligación o una imposición o no sabíamos bien qué, pero algo que no nos iba en absoluto. Me acuerdo que cuando Paulov, que entonces tenía casi

una sesión de estudio diaria con nosotros, ya muerto el Antiguo —de quien no me acuerdo sino muy vagamente—, cuando Paulov se enteró de nuestra resolución se echó a reír y dijo que era lógico, que tanto Fito como yo éramos de la generación más avanzada del paraíso de las islas, que ya éramos “otros”, mira tú...

Estambuli sonrió. Conocía a Paulov y también a él y a su hermana Alta Gracia los había estudiado mucho en Estambul. También de ellos había dicho que eran generación “otra”, los futuros “transformadores” a estudiar por imprevisible o misteriosa síntesis de tanto y tanto transcurrido. Se miraron a los ojos los dos, Leila y Estambuli, y se echaron a reír.

—A mi me gustaría ser virgen hasta muy mayor —dijo Leila.

—Y a mi mirarte. Me gusta verte así, que no pasara el tiempo por ti me gustaría... —y era aquel un Estambuli verdaderamente inusual, como transfigurado.

—Eres un encanto de chico —y Leila le dio un beso rápido en la mejilla—. Estás ardiendo.

—Sí.

Era una hermosa noche otoñal, el cielo despejado y limpio, fría. Con un par de mantas subieron a la terraza de la azotea. Leila Naser IV y Felice Otromundo dormían, como dos benditos, abrazados, en la habitación alta. Para no despertarlos se fueron a la parte más alejada de la puerta de la habitación y se sentaron a la turca envueltos en las mantas. Todo era silencio en Guelma.

—Ahmed Pujol está en América, ¿sabes? —y la voz de Leila era como un susurro.

—Sí. Nos lo dijo una mujer que pasó a visitarnos por el valle del Mago.

—Nico. Se llama Nico.

—Sí, esa. ¿No te gustaría a ti viajar a América?

—Creo que no. Me han dicho que tiene un clima muy enervante.

—Sí, pero a lo mejor a ti te iba.

—Tal vez más adelante. Cuando consigan hacer funcionar mejor la informatización de los grupos.

El tono de Leila era de una gran firmeza, a pesar de la dulzura del tono bajo. Estambuli le mostró algunas de las constelaciones que el Mago le había enseñado a nombrar.

—¿Tú crees que somos muy diferentes ya, Estambuli?

—No lo sé. Eso lo dice Paulov.

Miraron en silencio la gran bóveda estrellada. Luego Leila contó:

—Todavía no he encontrado un personaje dramático que diga exactamente lo que yo diría en circunstancia pareja; ni un personaje que se comportara como yo haría en su lugar. Y llevo representadas una treintena de piezas y leído muchas más.

—El otro día de Marcela estabas inmejorable.

—Es un hermoso personaje, pero elemental para mi gusto en su instintivo amor a la libertad.

—¿No te has enamorado nunca como Marcela y el hamuín?

—No. Creo que quiero a todos por igual.

—¿No has sentido nunca una emoción fuerte, así como gozo o congoja o algo muy indefinible frente a alguien?

—No. Una vez sentí un sobresalto íntimo muy especial que culminó en flojera rara y un como si por dentro me acariciaran todas las vísceras... pero no causado por una persona sino por un programa; fue en la casa de la computadora de Palermo y creo que fue mi segunda gira con la compañía; el programa lo había elaborado Fito y era tan perfecto, ajustado y racional que me produjo ese sobresalto emocional que he dicho.

—Eso lo entiendo porque a mí también me pasa. Pero es diferente a lo de enamorarte de una persona.

—¿Tú crees que te has enamorado de mí?

—Pudiera. Siento a tu lado, como ahora, sosiego y bienestar.

—Toda la semana me llevas diciendo que te gusta mirarme.

—Y es verdad. No te puedes hacer una idea. A veces, cuando duermes, me paso un rato largo mirando tu perfil...

Estambuli hizo una larga pausa. Luego prosiguió.

—Me siento tan raro que hasta estoy charlatán, que es lo que más me molesta de alguien.

—Pero hablar es algo fundamental en estos casos, como sabrás, chico.

—Sí.

—Hablando se entiende la gente y desde niños nos han enseñado a expresar con exactitud absolutamente todo.

—Lo sé, pero hay cosas... —se quedó silencioso.

—La clave de nuestro paraíso de las islas, lo han dicho todos siempre, es la información, el no secreto, la claridad... la conversación y la palabra.

—Pero hay cosas difíciles de decir aún...

—Y algunas tal vez nunca sabrás o sabremos decirlas, pero qué importa. Otros aprenderán.

Se quedaron silenciosos un rato largo. Uno al lado del otro, envueltos en las mantas pardas bajo aquella luz, no parecían tener ninguna prisa por descender de la azotea. Estambuli reposó su mano izquierda abierta en la rodilla más cercana de Leila; a través del grosor cálido de la manta sintió el ligero estremecimiento de la chica, pero ésta aceptó el contacto.

—¿Sientes mi mano? —preguntó el muchacho en un susurro.

—Sí. Sólo el tacto que me transmite vibraciones de ese tipo es capaz de aturdirme, asustarme mejor... Instintivo rechazo es lo que siento, y no por el tacto en sí, que admito y me gusta, sino por lo que transmite... en este caso por lo que me transmites.

Hubo una breve pausa, densísimo el silencio en torno. Estambuli apartó la mano de aquel contacto manta-rodilla amada y con la mirada perdida en la noche, ensimismado, susurró:

—Es extraño. Tu madre es bien diferente.

—A veces me sorprende tanta diferencia. Nunca mi madre ha podido permanecer sin alguien al lado como amante

—Leila hablaba como para sí—. En Palermo, poco antes de venir a Guelma este verano, Felice tuvo que ausentarse dos días por un viaje a Catania por no sé qué antiguo asunto legal-familiar que las autoridades italianas le endosaron y del que no ha podido zafarse aún; pues bien, mi madre se quedó sola y entre Olga Marruz y yo por la noche teníamos que abrazarla fuerte para que no tiritara y consiguiera conciliar el sueño. Ella dice que son tonterías, pequeñas manías sin importancia, pero sé que en el fondo la asustan esas reacciones. Para mí es algo sencillamente horrible.

—A mi me gustaría que pudiera programarse todo eso también.

—Y a mí. Me sentiría más segura. De lo que está publicando Paulov ahora eso es precisamente lo que más me interesa. El otro día discutíamos el texto de primavera con Felice y éste y mi madre opinan que es prematuro incluir personajes programados sentimentalmente; yo opiné justo lo contrario y sólo Olga Marruz me apoyó, aunque mínimamente. Sergei pasó descarado del tema. Estoy planeando con Fito la posibilidad de crear nueva compañía después de terminada esta temporada. Es una hermosura lo que hace Felice, pero para mí se está rezagando ya, se nos queda corto. Debe de ser la edad...

Estambuli había estado observando el perfil de Leila mientras ésta hablaba, un tanto ajena a su interlocutor, como pensando en alto.

—Eres muy guapa, Leila —lo dijo, al fin.

La chica le miró, dulce la sonrisa, y esta vez fue ella quien con la palma de la mano derecha acarició la mejilla de Estambuli.

—Gracias. Y tu un encanto de chaval. Me despiertas una inmensa ternura.

Terminada la caricia, siguió el contacto con las miradas, Estambuli embelesado y sin palabras.

— ¡Es que vosotros los mulatos —prosiguió la chica sin dejar de mirarle— sois cosa fina! Sangre terrenal diría yo que teneis, tacto de tierras sedimentarias o de aluvi6n, no de roca o mineral, tacto de arena de todos los minerales de

la tierra... Sin conocerte apenas, sé que te entusiasman los insectos que no vuelan, los reptiles y mamíferos hervíboros y la historia del pequeño chimpancé que cuando se hace adulto se instala en la casa del hombre que lo había criado como en casa propia... ¿no es así?

—Eres muy guapa, Leila —repitió Estambuli sin apenas haberse enterado de nada de lo recién dicho por la chica, su mente en blanco pendiente de cada uno de los mínimos gestos de Leila al hablar—. No sé lo que has dicho, pero suena muy bonito en tus labios.

Terminaron riéndose no sabían bien de qué y percatándose de que debía de ser tardísimo, muy entrada la noche. Se pusieron en pie para abandonar la azotea, pero Leila Naser madre, Leila IV, venía hacia ellos arrebujaada en un amplísimo albornoz blanco, como capa, de lejos como manta. La esperaron.

—Pareces un fantasma, mamá. ¿Te hemos despertado?

—No. Estaba desvelada y casualmente os vi por la ventana de la habitación. Vosotros sí que parecíais fantasmas acurrucados en ese rincón.

Era una mujer con mucho encanto Leila Naser IV. Estambuli se dio cuenta, de cerca y a media luz, de que tenían un gran parecido las facciones de la cara de madre e hija, aunque tersas y nuevecitas las de la hija, sombras de sombras imprecisas en las de la madre. Leila V los presentó.

—Es Estambuli Entrambosaires, mamá.

— ¡Hola!, ¿el hijo de Consuelo aquí? —se echó a reír con ganas; medio oculto el rostro por el albornoz en un teatral esfuerzo porque sus risas no se escucharan demasiado, consiguió decirles bajito—. Por muy poco no sois medio hermanos vosotros dos... ¡Tiene gracia!

Estambuli y Leila V se miraron y terminaron, como Leila IV, esforzándose por ahogar o apagar el leve sonido, como eco, de sus risas.

— ¡Qué gente! —terminó bromeando Leila V—. Vosotros sí que érais un buen tema de estudio para Paulov —y

a Estambuli—. Seguro que no sabe a ciencia cierta si somos de verdad o no hermanos.

— ¡Claro que lo sé! —intervino rápida Leila madre—. ¡Si todo pudiera estar tan claro como eso!

Se acodaron a la baranda de la azotea. Estambuli le rogó a Leila IV que les contara por qué había dicho lo de hermanos, que él sabía que era hijo de un hamuín.

— ¡Y de qué hamuín! ¡Nada menos que del Pujol! —e inició Leila un breve paseo por la memoria—. Lo recuerdo perfectamente porque fue un año muy denso; en un corto intervalo de tiempo desaparecían, a principios del año Rocco Consales, a finales de año Mario Pinto Godinho.

Los dos muchachos la escuchaban en silencio, religiosa atención a las palabras de aquella mujer en pie frente a ellos, aculados a la baranda ahora, monólogo de estática figura en escenario en penumbra y vestida de amplia hopalanda blanca.

—La muerte de Rocco nos movilizó a muchos hacia la antigua Ragusa, y allí coincidimos, entre otra mucha gente, Prisciliano Manfredi, Ahmed Pujol, Consuelo Entrambosaires y yo. Prisciliano y yo habíamos hecho el viaje desde Ibiza en el antiguo galeón de Antonio, que patronaba desde veinte años atrás, en vida aún de Antonio el marinero, un amigo de infancia de Rocco, palermitano como él y de su misma edad, llamado Pino Corso —los dos muchachos asintieron mudos, conocían al tal personaje de historias viejas—. Al enterarse en Ibiza Pino Corso de la muerte de su amigo Rocco preparó viaje a Ragusa de inmediato; en menos de una hora, el rostro demudado por el dolor, preparó el galeón para levar ancla; Prisciliano Manfredi con Leila la vieja, casi de la misma edad por entonces que Rocco, y conmigo, a la sazón de quince años recién cumplidos, nos embarcamos con el desconsolado Pino y su marinería, un par de muchachos, uno calabrés y el otro maltés. En tiempo record, a toda máquina y sin escalas arribamos a Ragusa. Todas las Leilas Naser estábamos allí, Leila III, mi madre, con Fito en brazos aún, así como innumerable gente venida de todos los puntos del paraíso

de las islas. Salvo Pino Corso, que se abrió paso a grandes voces y casi a puñetazos, ninguno de nosotros consiguió entrar en la cueva de Pinto Godinho en donde habían embalsamado el cadáver. En la espera Prisciliano Manfredi y yo te engendramos a ti y, al parecer, según me contó luego Titina Entrambosaires, Ahmed Pujol y ella te engendraron a ti, Estambuli... Y digo que fue así como podía haber sido Ahmed Pujol el padre de los dos, o de quienes hubiéseris sido o de quien sea, porque en aquella concentración espectacular, en una de las tiendas de la gran acampada montada por el municipio al efecto habíamos coincidido Titina Entrambosaires, mi madre (con Fito en brazos), Ahmed Pujol, el hombre del colmillo verde, y yo; charlábamos evocando al difunto Rocco, sus historias apasionantes y su romántica relación con Gina Manfredi, cuando alguien llamó a mi madre desde fuera para algo que no recuerdo y nos quedamos en aquel denso silencio emocionado que nunca olvidaré el Pujol, Titina y yo. Y surgió la chispa del incendio.

Hizo una pausa Leila IV. Leila V y Estambuli se miraron, boquiabiertos, los ojos encendidos. Leila madre, inmóvil en pie frente a ellos, como en escena, el cabello suelto y negro a la espalda, se arregló los pliegues blancos del albornoz-hopalanda delicada.

—Hablaron Ahmed Pujol y Consuelo Entrambosaires de una antigua promesa, para mí desconocida y misteriosa, y comenzaron a acariciarse tras dirigirme unas breves palabras de disculpa a las que respondí que no se preocuparan, que yo velaría su acto de amor. Yo era virgen todavía; aquel iba a ser mi último día de mujer incompleta, pero no lo sabía aún. Barruntaba desde hacía semanas, por reacciones de mi cuerpo y deseos incontenibles que me asaltaban, que algo había de pasar, que algo debía de hacer, pero no lo tenía nada claro; hasta aquel momento. Recuerdo, como si fuera hoy, ahora, que Consuelo sufrió mucho y sobre los jadeos y suspiros del amor se imponían sus lamentos y hasta su llanto abierto en ocasiones. Nunca como entonces vi y viví tan unidos el dolor por la muerte y el dolor en el

amor. Consumado su polvo, tras unos minutos de nuevo denso silencio, Ahmed Pujol se volvió a mí, no sé cómo vería mi figura de muchacha asombrada y más que enardecida encendida, y me tendió la mano y me dijo algo que también es difícil que pueda olvidar: "Muchacha: nunca le temas al amor. Ven". Era una fuerza irresistible la que me llevaba a ellos y fue entonces cuando Prisciliano Manfredi entró (luego me dijo que casualmente) en la tienda y yo me abracé a sus rodillas. No pude contener las lágrimas y comencé a besar sus rodillas y muslos, a acariciarle todo. Ahmed volvió a hablar; me parece que le estoy escuchando; dijo: "Por favor: esta muchacha te necesita a ti o a mí. Haz algo pronto, padrino". Y lo hizo pronto y bien. Siempre le estaré agradecida. A los dos... A los tres.

Hizo Leila madre una segunda pausa. Leila hija se apretó a la manta-Estambuli que tenía a su lado y éste, los ojos muy abiertos, negrísimos como la noche, recibió con emoción aquel contacto.

—Una semana más estuve con Prisciliano y sé que de esa estancia vienes tú, mi hija Leila. Consuelo Entrambosaires me aseguró que de aquel día nacisteis tú y tu hermano, muchacho. También me aseguró que de toda la sangre derramada aquella tarde por las mantas de la tienda del campamento de Ragusa, que fue mucha, más había manado de su cuerpo que del mío, aunque yo fuera virgen hasta aquel minuto tan prolongado, que ella había salido de allí para el hospital de la acampada para hacerse curas de urgencia..., que tu padre, chico, era un verdadero borrico.

Rieron los tres. El cielo comenzaba a clarear.

—Y termino —continuó Leila madre, a la vez que se interponía entre los dos muchachos y le echaba una mano al hombro a cada uno—. Cuando Prisciliano y yo salimos de la tienda, poco después de que el Pujol se llevara en brazos al hospital a su Titina, como él le decía, había un gran revuelo en la acampada. Al parecer, Pino Corso, como loco, sin atender a razones, incontenible, se había llevado el cuerpo muerto embalsamado de Rocco Consales hasta el galeón; con su marinería, el chico calabrés y el chico mal-

tés, había conseguido zarpar, “rumbo a Palermo” dicen que dijo a voces desde cubierta, y allí en Ragusa nos dejaba a nosotros abandonados. De inmediato localizamos entre Prisciliano y yo a Leila la vieja y buscamos acomodo en un barco para salir de aquella ciudad aún enlutada y sorprendida. En Palermo reencontramos a Pino Corso; nos pidió disculpas por lo sucedido, disculpas que nadie le había solicitado, y juntos volveríamos a Ibiza en el galeón, dos semanas más tarde, aquel hombre, desde entonces dicen que taciturno, más calmado ya, tú, hija Leila, en mi vientre.

Amanecía. Leila madre entró en su habitación. Leila hija y Estambuli bajaron las escaleras de la azotea con cuidado de no hacer ruido. Fito Naser dormía en su colchona al lado de la amiga recién llegada de la casa del naranjal. Leila se durmió enseguida; Estambuli contempló aún un rato su perfil y —los primeros rayos del sol despuntaban— se durmió también. Cuatro horas más tarde Arcadio aparecía por la casa para despertarle.

~~7.—Tras dos semanas y media de estancia en Guelma los chicos del equipo primero de trabajo volvieron al valle del Mago; Flora Abenza y Claudia Auani volvían muy contentas con todo el material nuevo encargado por Simón, desde gran variedad de alimentos hasta semillas selectas y materiales para la construcción de los complementos previstos para la casa despertador de pájaros; habían tenido que viajar incluso a Annaba y hasta Argel —habían pasado dos días en la casa-jaima de Zeralda, por ejemplo, en donde habían sido la atracción de la gente de allá con sus historias de la nueva experiencia en marcha— para la adquisición de una parte de los encargos; en el camión y furgoneta que pusieron a su disposición salieron de la casa de sidi Abdelhakim poco antes del amanecer para hacer el viaje Guelma-Valle del Mago antes de que llegaran los calores del mediodía, aún en otoño evitables si posible fuera. Estambuli no había querido despedirse de Leila V; ni siquiera había ido a dormir a su casa aquella noche. Durante el viaje Flora y~~